

D 40

**ROMANCERO**

DE

**LA JURA EN SANTA GADÉA**

por

**D. JOSÉ MARTINEZ RIVES.**



BURGOS.—1878.

Imprenta de A. REVILLA.

BPE Burgos



3398406 BU 3991 (4)

1000000

BU 3991 (4)

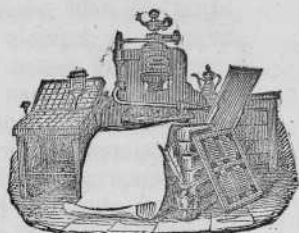
# ROMANCERO

DE

## LA JURA EN SANTA GADÉA

por

D. JOSÉ MARTINEZ RIVES.



BURGOS.—1878.

Imprenta de A. REVILLA.



B.P. BURGOS
N.R. 110900
N.T. 74025
C. 98406
BU
3991
4

HOMAJE

LA JURA EN SANTA GADIA

D. JOSE MARTIN BARRA



IMPRESOR

IMPRESOR DE LA JURA

---

I.

SATISFACCION.

---

**P**REGUNTAR has, por ventura,  
Del autor de este trabajo,  
Benigno lector, y debo  
Salir de tu senda al paso,  
Pues mas que yo respondiéndote  
Hiciste tu al preguntarlo  
Y entrambas Castillas tienen  
Procederes siempre francos.  
Yo soy la miés que produce  
Fruto limpio, bien que tardo,  
Corazon siempre en tormenta,  
Mas que nunca ha naufragado,  
Pues la carga y equipage  
De las ondas sacó à salvo  
Por entrambos hemisferios  
Aire y tierra navegando.  
Yo soy la fuente que mana  
Dó la breña hirió el Pegaso,  
Yo soy la rica Castàlia  
Que corre la cuesta abajo  
A regar la praderia  
Dó van à cantar los pájaros.  
Soy yo la calàndria amante  
Que se remonta cantando

Sobre aquel nido de amores  
Escondido en el sembrado,  
Y al ver que se aleja mucho  
Y pía el polluelo abajo,  
Recogiendo de sus alas  
El abanico esmaltado,  
Del Cielo caer se deja  
Tan súbito como rayo.

Oye por que tengo amores  
De limpios enamorados,  
Y escucha, que, como Orfeo  
Doy sentimiento á los cantos  
Y como Anfión á las fieras  
Doméstico, tengo y mando.

Risa cual la Primavera,  
Fruto cual Otoño tráigo,  
Y soy la fresca enramada  
Cuando el Sol está quemando.

Escondo ninfas en rios,  
En bosques tropas de sátiros,  
Y se forman con espumas  
Los génios en los peñascos.

Me enseñan las avecillas  
La música de su cántico,  
Y sus misterios los valles,  
Y del profundo Océano  
Se paseár á pié enjuto,  
Cuando me place, los ámbitos.

Trueno, tambien, cual tormenta,  
Y brillo como relámpago,  
El sueño soy, que tranquilo  
Va cerrando el triste párpado,  
Y por decírtelo junto  
Un trovador castellano.

EL CASTELLANO.

«Don Sancho ha muerto en Zamora  
A mano vil de Bellido  
Y son pareceres varios  
Los que juzgan lo que han visto.  
Todos llaman execrable  
El crimen del asesino,  
Cobarde como habrá pocos  
Y por lo aleve inaudito,  
Pero hay muchos que á eso añaden,  
Que es providencial castigo  
De quién tanta ambicion tuvo  
Y fué tan airado hijo  
Que Castilla estimó en poco,  
Segun su sed de dominio,  
Y olvidó de Don Fernando  
El mandato y el aviso;  
Y el hombre bien ó mal obra,  
Por tener libre alvedrío,  
Mas, la ley de la justicia  
Es de muertos cual de vivos,  
Y se cumple inexorable  
Sobre grandes, sobre chicos,  
Sobre humildes y altaneros  
Sin poder nadie impedirlo:»  
Esto cuenta un castellano  
Al pié de un peñón partido,  
De unos robles á la sombra,  
Y orilla alegre de un rio,  
Que tropezando incesante

En despedazados riscos,  
Trueca en aljófares puros  
Su linfa con regocijo.

—¿Y qué Rey, padre, tenemos,  
Si murió Don Sancho allivo

De los muros de Zamóra  
Junto al pardo precipicio?

—Don Alfonso habrá de serlo.

—¿Pues no está en Toledo huido?

—De quien huya ya no tiene

Pues ha muerto su enemigo,

Y varon pide este Reino

Y varon de aliento y tino.

—El moro, diz, que le trata

Como á príncipe es debido.

—Tocante á tal tratamiento

Hablar prudente es preciso,

Que andan moros por la costa

Y alárabes beluinos,.....

Y es peór lo que la saña

Podrá decir, hijo mio,

De la envidia que emponzoña

Cuanto llega á sus oídos.

—¿Qué dirá,? padre:

—Que acaso

Don Alfonso parte ha sido

Para que Don Sancho muera

Bajo puñales vendidos;

Y advierte que la calumnia

De tal fuerza y poderío

Es niebla, que no hay contorno

Que deje de sombra limpio,

Y veneno que se infiltra

Hasta en pechos diamantinos,



Y mancha que nunca lavan  
Ni leyes ni sacrificios.  
—¿Qué se hace el buen castellano?  
Dijo, en esto, un campesino  
Que á paso largo los suyos  
Llevaba en un senderillo  
Cual cinta que la montaña  
Mostraba de prado en risco.  
—¿Adónde bueno?

—Hacia Burgos.

—¿Con prisa tal?

—Ha salido

Don Alfonso de Toledo  
De Doña Urraca al aviso.

—Harto es.

Mas no bastante.

—¿Eso mas?

—Que no es lo mismo

Salir de manos de infieles  
Que llegar á su destino.

—¡Qué me admira!

—Que ánde presto.

Y fueron los dos y el chico.

### III.

#### EL REY EN BURGOS.

—

Con gran tropél de caballos  
Ginete en el mejor de ellos,  
Tan de prisa que parece  
Venir en alas del viento  
Se acerca á la antigua Burgos

El rey Don Alfonso el sexto.

La densa nube de polvo  
Cada vez va mas creciendo,  
Y en los espacios que deja,  
Cuando es de roca el terreno,  
Lucir y brillar se advierten,  
Así cual rayo de fuego,  
No las mallas, ni los cascos,  
Ni escudos, ni adornos régios,  
Mas las hojas de las lanzas,  
Los ojos de los guerreros.

Es que viene el castellano  
Desde la anciana Toledo  
En la adversidad probado,  
Gran crisól entre los buenos,  
De condicion noble y llana,  
Liberál por todo estremo  
Segun cuentan leoneses,  
Lusitanos y gallegos.

Que el hombre cual los metales  
Tiene un son que dar al viento.

Al pié de una cuestezuela,  
Pasado el rio, en el puesto  
Prevenido como suelen  
Los del castellano pueblo,  
Al Rey á parar obligan  
Cuatro pares de maceros  
Que van caminando al frente  
De cien nobles descubiertos  
Que llevan un pendón alto  
Que tiene bordado un viejo  
Coronado de un castillo  
Con bordadura de oro y flecos,  
La cual matizan y adornan

Otros castillos pequeños.

Y el mas noble por anciano,  
Y por tal causa el primero,  
Se llega al Rey y le dice  
En muy pausados acentos.

«Don Alfonso, que á Castilla

Asi vienes de Toledo  
Para rey de castellanos,  
Que es decir de rey modelo,

Asi Dios te de ventura  
Como todos te queremos

Y estamos á tu servicio  
Cual ordenares dispuestos;

Mas, como la buena andanza  
Quiere siempre buen comienzo,

Sabrás que al pié de Zamora  
A tu hermano ha poco han muerto

Traidora y villanamente  
Con escándalo y engueños

Y quien hizo aquel venablo,  
Si le pagan, hará ciento.

Que tu no supiste el caso  
Hasta que le viste hecho

Creemos de tu conciencia  
De tu estirpe y nacimiento;

Y como de la cabeza  
Toma direccion el cuerpo,

Y ha de ser quien réine y mande  
En buena fama el primero,

Mas por la tuya y bien tuyo  
Que por procurar el nuestro,

Los hombres de Burgos dicen  
Que has de prestar juramento

Que no hubiste parte alguna

De Zamora en el mal fecho  
Antes que Rey te coronen  
Y por Rey te proclamemos,  
Con lo que se vence y salva  
El trance que está por medio  
De este suelo que ahora pisas  
Y el de Burgos noble suelo.

Si así Don Alfonso quieres  
Como nosotros queremos  
Burgos que te espera ansiosa  
Se llenará de contento;  
Pero si es de tal manera  
Que no convienes en esto,  
Te rogamos, Don Alfonso,  
Non quieras entrar adentro.»

Sobrecogióle al monarca  
Tal lenguaje de tal seso,  
Tan sencillo cual profundo,  
Tan pausado y tan á cuento,  
Y después de bien guardados  
Diéz compases de silencio,  
Dijo grave Don Alfonso  
Pero en ademán modesto:

«Cada cual es bien que asiente  
Donde debe estar su asiento,  
Así sabios cual vulgares  
Y así reyes como pueblos  
Pues está en ninguna parte  
Quien no sabe guardar puesto.  
Rey es quien tiene vasallos  
De prudencia y fundamento  
Y los halla en cada caso  
Cual es menester dispuestos,  
Que los pueblos hacen reyes

Y los reyes rigen pueblos.

Júntense en Cortes en Burgos

Los buenos hombres del Reino

Por que tenga mas sonido

El buen término propuesto

Y al fin se enderecen siempre

Cual es debido, los medios.»

Apenas tal se ha escuchado

Cuando el rastrillo se ha abierto

Y el muro y la barbacana

Paso franco van haciendo,

Y cien estandartes blancos

Se dan á flotar al viento.

Las campanas no dan trégua

A su grato desconcierto,

Y los víctores y vivas

De todo el gentio inmenso

Conmueven las cercanias,

Encienden los sentimientos.

Así subió hasta el Alcázar

El Rey por todo el recuesto,

Y al pasar por las ojivas

Colgadas de terciopelos

Y las alfombradas gradas

Con pendones sarracenos,

Diz que el Rey entre si dijo:

«Mas reparo y mas respeto

Hacen justicias que ruidos

Y que aparatos talentos,

Pues al fin virtud y ciencia

Reyes son del Universo,

Y no fingen joyas tales

Ni tesoros ni aspavientos.

Lo demás de aqueste asunto,

Y suceso de sucesos,  
Y tan alto entre los altos,  
Y entre novedades nuevo,  
Necesita un Rey que jure  
Y quien tome el juramento.....  
Lo primero..... hallarse puede,  
Lo segundo es harto recio.

IV.

JIMENA GOMEZ.

Cid Rui Diaz de Castilla,  
Dice Jimena á Rodrigo,  
Ni sabeis lo que hora hicisteis,  
Ni que hacer en el litigio  
Dó os entraron vuestras lides,  
Vuestra huéste y vuestro ruido:  
Ella fuera, aunque en mal hora,  
Quien diera en tal artificio,  
Y no vos, que otras empresas  
Alcanzáis y otros destinos.  
¡Ay de mi! que soy quien llora  
Demasías y desvios,  
¡Ay de vos! que esquiváis reyes,  
De Castilla ¡Ay! por el sino.  
—Dejárades, vos, Señora,  
De ser siempre dueño mio  
Si así celosa no fuérades  
De cuanto emprendo ó consigo.  
Parado, de mi juzgárades  
Que no soy Cid cual lo he sido,  
Como lidiando temiérades

De moros verme cautivo:  
Esclavo, mal me juzgárades,  
Frente al Rey, dáisme perdido.....

Bien haya quien así juzga  
Del esposo y del caudillo,  
Que en toda parte le quiere,  
Pero á su lado é invicto,  
Y con tal querer no sabe  
Hallarle el lugar ó sitio  
Dó se cumplan su deseo,  
Su voluntad, su cariño;  
—Al corazon acudisteis  
Al hablar siempre conmigo,  
Pues sabéis más esta guerra  
Que esotra del islamismo,  
Y sois Cid de las batallas  
Cual nadie jamás lo ha sido.

Vos veréis adonde llegan  
Dictámenes, desvarios,  
Que días siguen á días,  
A las envidias oídos,  
A oídos lucha y temores,  
Y á los temores castigos.  
—Y á tal hacer, quien alcanza  
Tal audacia y poderío,  
Que, más que honor de vasallo,  
Halla dentro de si mismo  
Monarquía tal que alguna  
Comparable no se ha visto,  
Ni tuérce de sus deberes  
Ni teme de su destino  
Ni busca por los extraños  
Los pasos de sus caminos  
—Visteis, pues,.....

—Estancia corta

En los castellanos riscos.

—¿Y meditáis?

—De Valencia

La conquista.

—¡Cid!

—¿Qué digo?

De Valenciano, Jimena,

Conquista del Paraíso.

Allí de azahar coronas

Os tejen los campesinos,

De laurel los caballeros,

Los corazones, los libros,

Que es mengua ver los infieles

Imperar tales distritos.

La Jura en Santa Gadea,

Que quiere fin y principio,

De hazaña tal es la causa

Para eterno sobreescrito.

V.

COMO SE JUNTAN HOMBRES.

Al pié un monte pelado

Que remata en un Castillo,

En el corto medio espacio

Entre la falda y el rio

Hay un extenso palacio

Segun románico estilo

Qué Burgos ha edificado

Con todo el lujo del siglo.

Entrando por la montaña



A nivel se entra en el piso  
Dó los nobles castellanos  
Deciden sus compromisos,  
Mas por la contraria parte  
Para entrar al edificio  
Hay treinta y seis escalones  
Con dos ó tres decansillos.

Súbiendo ya van por éellos  
Los hombres que han elegido  
Los de Castilla, que en Cortes  
Representen los distritos,  
Con largo acompañamiento  
De Fueros y Señoríos;  
Y es cosa de ver cual suben  
Respetuosos y sencillos  
Sin mas objeto ni empeño  
Que el amor del pueblo mismo  
Y la justicia, primero,  
De todo fin y principio.

Entre la gente de guerra  
Van los Abades y Obispo,  
Antiguamente de Oca,  
Ya en Burgos establecido  
Por que las Infantas quieren  
Hacer en el mismo sitio  
Donde se hallan los palacios  
La Catedral; y contíguo  
Al paredon del Alcazar  
Hay un salon, harto chico,  
Que viene á ser subterráneo,  
Húmedo y oscuro y frio,  
Pero han colgado del techo  
Abovedado y mazizo  
Unas lámparas de hierro



Que alumbren todo el recinto.  
Treinta escaños de madera  
De nogal, un silloncillo,  
Una plataforma baja  
Hecha de tablas de pino  
Con una mesa forrada  
De un bordado velludillo  
Es todo cuanto allí tienen  
Y dos candelas y un Cristo,  
Y se van sentando todos  
Los próceres reunidos.

Tal hay que la cara apoya  
Sobre su báculo antiguo  
Pensando en lo que sucede  
Cabizbajo y pensativo;  
Y tal que, los pies cruzados  
Y las manos en el cinto,  
Toda la cabeza calva,  
Encarnado el rostro altivo,  
Espera tranquilamente  
A que el acto de principio,  
Por que en aquel lugar nunca  
Se estima del hombre el dicho  
Por el traje ó la riqueza,  
La osadía ó el oficio,  
La trastienda ó interés,  
O el language retoreido.

En esto por el contorno  
Se siente ya mucho ruido  
De pasos y bastonadas  
De hierros y de vestidos,  
Y es que baja Don Alfonso  
Por que es hora y es preciso.

Van seis guerreros con hachas,

Dos maceros, diez caudillos,  
Dos pages y un limosnero  
Y seis criados de oficios  
Detrás que llevan en hombros  
Un palio recogido.

«Hagan todos ceremonia»

Grita un page en el postigo,  
Que es de un pedazo la puerta  
Y gira toda en un quicio,  
Y puestos en pié los próceres,  
Se sienta el Rey en su sitio,  
Con lo que se sientan todos,  
Y comienza aquel magnífico  
Espectáculo que asombra,  
Y han pasado ya ocho siglos,  
Diciendo el Rey—«Buenos hombres:  
Por que no hay placer cumplido  
En la tierra, y vanse todos  
De dolores circuidos,  
Al par del gozo que causa  
Veros tantos y tan dignos  
En esta junta de Burgos,  
A Dios gracias, reunidos,  
La muerte del Rey Don Sancho  
Trueca con luto el regocijo  
Allá en Zamora la vieja  
Por aquél traidor Bellido.

Infame será quien juzgue  
Que Don Alfonso es tal hijo  
Que vaya contra el reparto  
Que Fernando el magno hizo,  
Pues, de León despojado,  
Y en Toledo fugitivo,  
De si mismo rey fué siempre

Si no de su Reino mismo.

Desterrado, el caso supe,

Y respeté los designios

Del que es Rey de todos Reyes,

Mas, después cumplí conmigo,

Pues no alcanza sin las lágrimas

El buen corazon alivio,

Bien veo, Nobles honrados,

Qué os conmovió lo que he dicho,

Y es lo peor que no tiene

Remedio lo que háis perdido.

Ambicion llamar pudieran

Viage tan repentino,

Tal presteza extraordinaria

Cual la que aquí me ha traído,

Mas, que el poder no me turba

Ni me deslumbra el destino

Podeis ver en que bien veo

Cuanto hago y cuanto digo.

Concurso de entrambas partes,

Del monarca y de sus hijos,

Piden los reinados grandes,

Que no recelos indignos,

Pues litigios de otra clase

Son los mas caros litigios,

Si hay alguno que los gane

De lo cual nada hay escrito

Si no son rios de sangre

O mejor de encono rios.

Y pues que lo demandásteis

Y lo pide el honor mio,

Afirmar lo justo es llano

Jurar cual se debe es lícito.

Santa Gadea del Conde

Que al pié del Castillo hizo  
El último de Castilla,  
Y el primero en buen designio,  
Reál parroquia es hoy de Burgos  
Y debe ser su recinto  
El que dé lugar al acto  
Mas solemne que se ha visto;  
Hacéd pues, los castellanos,  
Cual merece el compromiso.»

VI.

COMO SON PUEBLOS.

Sublimes son las palabras  
De la boca de los reyes,  
Si son de sabiduría  
Y los hechos las sostienen;  
Otro pueblo que el de Burgos  
Al oír al rey que viene  
Acaso pára en su senda,  
De su propósito tuérce,  
Pensando de esta manera  
Fama ganar de prudente,  
Mas, las gentes de Castilla,  
Entre el deber y sus reyes  
En bien de reyes y pueblos  
Están por lo justo siempre.

Con que dijo aquel guerrero  
Conde invicto, independiente,  
Y llaman Cide los moros  
Y hombre bueno todas gentes,  
Estas castellanas frases

Que pensarse bien merecen:  
«Con amor de buen vasallo  
Y el respeto que se debe  
Ha oído vuestras palabras  
El concurso aquí presente,  
Que, si es en alcance corto,  
La verdad presto comprende.  
Digeron sabios antiguos  
Que ser el consejo debe  
Rogado, corto y venido  
De autoridad competente,  
Y éste tal buscó Castilla,  
Y con él va donde fuere.  
Dios haya al Rey en su gloria,  
Que fué Don Sancho valiente,  
Y en el celo por su causa  
No tuvo quien le excediese,  
Si bien comenzó sus fastos  
Por donde acabar debiere.  
Con él fué Rodrigo Diaz  
Y con vos fué frente á frente  
Pues tal era de derecho  
Y bien va quien le obedece.  
Bien está veniros presto  
De Toledo á vuestras gentes  
Que sinó vuestros estados  
Buscando rey se anduviesen,  
Perdido tiempo, en cuestiones  
Entre muchos pretendientes,  
Y Castilla en tal estado,  
Pesados sus intereses,  
No tuviera mas remedio  
Que volver á nombrar Jueces  
Y un Laino y un Rasura

No hay hallar cuando se quiere.

Tampoco á Castilla pesa  
Que sepáis de los infieles,  
Que él que á su rival conoce  
Su media victoria tiene  
Cuando tantos ojos velan  
Tantos lujos cordobeses,  
La opulencia y aparatos  
De los pueblos del Oriente,  
Cadáveres perfumados  
Sin porvenir ni presente.

Que sea en Santa Gadea  
La Jura muy bien parece,  
Y por Cortes acordada,  
Y el ceremonial solemne,  
Y que Vos veáis en élio  
Vuestro bien y buena suerte,  
Pues el pueblo de Castilla  
Ha tenido muy presente  
Lo que vale un juramento,  
Cuanto mas si juran reyes.

Seiscientos van y mas años  
Que respeto tal merece  
El juramento, que es prueba  
La mayor en nuestras leyes,  
Y de tan antiguo trae  
Su venerable progenie  
Que entre los polares hielos  
Su reputacion se pierde,  
Y un hombre que jure en falso  
Castilla toda no tiene.

Y con ésto cuando, osada  
Alguna lengua digere  
De Vos lo que decir nunca

Humana lengua no debe,  
Y os culparen por Zamora,  
O en sospecha ó cual quisieren  
Diréis Vos y vuestro pueblo  
A tal osado que miente,  
Y mil veces que tal diga  
Que mentirá otras mil veces.

Las famas que en lenguas andan  
Jamás ganan, pero pierden,  
Y es preciso tal abismo  
Socabar donde anduvieren  
Que enmudezca el insensato  
Antes que palabra suélte.»

El Rey paró silencioso,  
Al Cide miró de frente,  
El Cid hizo reverencia,  
Vió el Rey si alguno moviese  
A palabras por aquellas  
Del Cid, dió espacio solemne,  
Y como callasen todos,  
Mandó dar fé, y que escribiesen  
Lo tratado por la Junta,  
Y el Rey á su estancia fuese.

VII.

LOS MUERTOS VIVEN.

Graves hechos graves horas  
Consigo traen y envuelven,  
Que el varon mas esforzado  
Hombre és tan solamente  
Aunque á muchos de la tierra



Otra cosa les parece.

Consejo pide Rodrigo,  
No encuentra quien le aconseje,  
La Historia no le da ejemplo  
Y la Historia entre sus jueces  
Estima como el primero  
Inflexible eternamente.

Medita, suplica, exclama,  
Sordo el eco no devuelve  
Ni el son de su acento agúdo  
Que el aposento conmueve;  
Solo el crujir de la malla  
Responde al paso frecuente  
Con que la estancia pasea  
Con que convulso va y viene.

Aun no levanta la noche  
Su paño adusto y doliente,  
Burgos reposa en silencio  
Y todo el contorno duerme.

Aún relucen las estrellas  
Y los farolillos vénse  
Con sus fatigadas luces  
Colgados de los cordeles  
Alumbrando las imágenes  
De las calles y ajimeces,  
Y el Cid se lanza á la calle  
Y ruta sombría emprende  
Por un recuesto que mira  
Al crepúsculo de oriente.

No paso á paso camina,  
Que es caminar de esa suerte  
De filósofos mas propio  
Que de guerreros valientes,  
Que si aquellos han espacio

Espacio el génio no tiene,  
Y hay tiempos que no dan tiempo  
Y son los mas excelentes.

Dobla la cuesta, vá al páramo,  
Baja y sube otras dos veces  
Por una revuelta senda  
Que se enrosca como sierpe  
Y en un angustiado valle  
Rojo, estéril, solo, inerte,  
De Cardaña el Monasterio  
Como una tumba aparece.

En esto, á las oraciones  
Toca el monge, se conmueve  
El vallado al son que lanza  
El bronce sagrado; tiene  
La brida el guerrero y para  
Descúbrese, reza y mueve.

—¿Quién va allá?—Dicen de adentro  
Al llamar del Cid—Fray Lésmes,  
Ábrame—¡Por Dios bendito!  
—Se oye decir—¡Si parece  
Don Rodrigo!—El mismo, amigo,  
Tenga el bruto y aquí espere,  
Que tráigo prisa, y el caso  
Óprime sobradamente.

Ciérrase el portón gimiendo,  
Traspone el pátio y las fuentes  
El Cid, y el átrio y el claustro,  
Toma una arcada que tiene  
Por cabo una puerta, empújala,  
El guerrero, y aparece  
De tumbas sembrado un campo  
Y bojes y mirabeles.

Detiene el paso el guerrero

Párase, al fin, de repente,  
Y al pié de un sepulcro alto,  
Bordado de caracteres  
Grosos, desiguales, rústicos,  
Del parásito ya verdes,  
Descubierta la cabeza,  
Dice el Cid cual si le oyésen:  
«Tumba de Diego Láinez,  
Y Láin mis ascendientes,  
De vosotros jamás tumba,  
Mas, tumba de los infieles;  
Habitacion de los cuerpos,  
No de los génios ardientes,  
En los cuales se abrasará  
Si se acercase la muerte,  
Garganta por cuya fauce  
Suben mis frases solemnes  
A las áuras donde moran  
Las legiones de los héroes,  
Escucha, pues que tu hijo  
A pedir consejo viene  
Y hora deja de ser roca  
Y á roca al marchar yo vuelve.  
Sumiso aquí el Cid te escucha,  
Padre, en vida como en muerte,  
No se diga que altanero  
Hizo un dia malamente  
Quien antes vino á Cardaña  
De hacer lo que hacer pretende.  
La Jura, padre, se acerca,  
A la Jura el Rey se aviene  
Y no hay en Castilla un hombre  
Que á tomarla se atreviere:  
¿Es qué la sangre en las venas

Se hiela por delicuente,  
O no existen ya varones  
De tu estirpe ó tu progenie?  
Responde, padre, que el alma  
El habla perder no puede  
Por que carezca de boca  
Donde mas que gana pierde.

Alumbra entónces la tumba  
Un rayo de sol que hiere  
La recta desnuda espada  
Del busto marciál yacente,  
Y á la luz, vigor cobrando  
Los oscuros caracteres,  
El Cid que respuesta aguarda  
Repara y pausado lee:

«Justicia Diego Láinez,  
Justicia hicieron los Jueces,  
Justicia los reinos hace,  
Sin élla los hombres mueren.»

Bien está, Rodrigo exclama,  
Pero la justicia quiere  
Sobre dos que forman pléito  
Que haya un juéz que es quien resuelve.

Y el Rey en el pleito es parte  
No hay dudar, luego no puede  
Ser el juéz de éste litigio  
Que otro juéz busca y merece:

No fueras padre si ahora  
Cual haces no respondieses.»  
Y puesto el Cid de rodillas,  
En el sepulcro la frente,  
La diestra sobre tizona,  
La izquierda sobre las sienes,  
Permaneció breve espacio,

Levantóse de repente,  
Y lanzando una mirada  
De gratitud sobre el césped  
Que gloria tanta recubre  
De siempreviva y laureles,  
Sale afuera, y en un punto  
Monta á caballo, requiere  
La espuela, y á gran galope  
A Burgos Rodrigo vuelve.

VIII.

HÁBLAN GENTES.

Gran concurso se ve en Burgos  
Por todas calles y plazas  
De nobles y de pecheros  
Que se juntan y que hablan  
De la Jura que está próxima  
Con día y hora acordadas,  
Y se agilan y se mueven  
De tal suerte desusada  
Que en Castilla tal no han visto  
En toda su Historia larga.

Y dice un corro de gentes,  
Donde mas bullen y tratan,  
Que es la exigencia del pueblo  
Importuna y demasiada  
Y toca ya en desacato  
A su señor y monarca,  
Y los venideros siglos  
Muy mal habrán de juzgarla.  
Un guerrero tal lo ha oído

Y ha vuelto airado la cara,  
Y ha torcido el entrecejo,  
Y ha dicho medias palabras,  
Con lo que los castellanos  
Que aquel redondél formaban  
Le han dado lugar sañúdos  
Y le han exigido el hábla.

«Ni la evito, ni la niego,  
Ni la temo, ni se gasta,  
Dijo el caudillo, en las calles  
Ni en conversación de plazas,  
Que hablar pide sitio y seso,  
Que es cosa subida y cara.

Pudisteis allá en la junta,  
Decir cuanto os viene en gana,  
Que á negocio ya tratado  
No es difícil poner faltas,  
Cual lo es en sazón propia  
Prevenir las ó evitarlas.

Lo que dirán otros siglos  
De la Jura y circunstancias  
Es que tuvo esta Castilla  
Sesúda gente y de marca,  
Que es mucho para tropiezo  
Asunto de monta tanta;

Y los que tal motejaren  
Es preciso que tal hagan,  
Por que sepan bien el hecho,  
Que contarle no les basta.

Relieve piden los hechos  
De la noble Historia pátria  
Por que se adelgazan mucho  
Con el tiempo y la distancia,  
Y si descáis Historia

Procuráos realizarla,  
Que si no tendréis en blanco  
El libro de vuestras páginas.

Inmortales son los tiempos  
Que producen enseñanza,  
Que los que se van sin élla  
En vano vienen y marchan,  
Y, por Dios, que todo es poco  
Si de gobernar se trata.»

«Ufano va el buen guerrero,  
Dijo un mercader que pasa,  
Y vino á sazón y tiempo,  
Segun lo que se me alcanza,  
Pues la Jura necesita  
Quien la tome al Rey mañana  
Y no hay alguno que quiera  
Meterse en cosas tan árduas.

«Bueno fuera, por mi vida,  
Que el asunto se dejára,  
Después de sonido tanto,  
Por tan diminuta causa,  
Dijo el caudillo afirmando  
La diestra sobre la espada:  
Venga el día y llégue el plazo,  
Que me está diciendo el alma  
Que no faltará la Jura  
Por excusas tal livianas.

La haréis vos (dijo el del campo  
Que ha pocos días estaba  
Al pié de un peñón tajado  
Tratando del Rey de España)  
Pues llegastéis así á punto:

Así será, récio exclama  
El guerrero, de tal suerte.

Que cuantos suben y bajan  
Paráronse repentinos  
Por saber lo que allí tratan.

Entónces entre el tumulto  
Dijo el caudillo: «Mañana  
Sabreis que Rodrigo Diaz  
Lo que debe presto paga,  
Y que cumple cuanto dice,  
Y dice lo que hace falta,  
Y falta un pueblo siquiera  
De su temple y de su raza.»

IX.

VIGILIA.

Don Alfonso aquella noche  
Va pasando toda en vela  
En un salón del Alcázar,  
Pues de léjos en las rejas  
Se ve claridad rojiza  
Y alguna vez la candela.

Hasta las seis de la tarde  
Precedente todos cuentan  
Que no ha de verificarse  
La Jura en Santa Gadea,  
Por que se excusan los nobles,  
Y los pecheros recelan,  
Y no se atreve ninguno  
Con el peso de la empresa,  
Pues las cosas no parecen  
De léjos lo que de cerca,  
Y es tanto pueblo el que viene



Y tal la magnificencia,  
Tan grande el preparativo,  
Tan rica la pompa régia  
Que créen que no habrá úno  
Del Reino en toda la tierra  
Que exija aquél juramento  
Que el Rey á decir se presta.

Mas ha llegado Rodrigo;  
Al juéz ha pedido audiencia,  
Y ha dicho que es de Castilla  
Nunca oidas farsa y mengua,  
Despues que el Rey lo demanda  
Y el pueblo pidió se hiciera,  
Por falta de un hombre solo  
Faltar á tan grande fiesta,  
Y el juéz á Rodrigo ha dicho  
Que está bien toda su arenga.

El Rey al caer la úna  
Ha matado la candela  
Y apartado la clepsidra  
Que tiene sobre la mesa;  
Se ha acostado, no ha dormido,  
Se ha vestido con presteza,  
Y á las dos ha dado órden  
Que le enciendan una vela,  
Y le vuelvan la clepsidra  
Para ver caer la arena.  
Ya velóz se le hace el tiempo,  
Ya le acusa de pereza,  
Ya pasea distraído,  
Ya se para, ya se sienta,  
Pues jamás saberse puede  
Lo que quiere la impaciencia.  
Ha comenzado una carta

Para Castilla la vieja,  
Y ha previsto el real sello  
Que debe ponerse en élla,  
A su hermana Doña Urraca,  
Que como madre respeta,  
Tambien otra carta ha escrito  
Con pulso que se retiembla,  
Y ha rasgado las dos cartas  
Al caer las tres y media.

Entónces el Rey se ha dado  
A mirar por una reja  
Desde la cual se dominan  
Dos montañas y tres cuéncas,  
Dó van pasando en las sombras  
Negras fantasmás siniestras.

El viento á lo léjos muge,  
Ondúlan las alamedas,  
Huyen las nubes fingiendo  
Apariciones funestas,  
Lale el mastín, grita el cárabo,  
Y la lechuza chichea,  
Y en medio de la espesura  
La récia mole de Huélgas  
Parece adusto gigante  
Que por las sombras pasea  
Su largo talar de luto  
Pendiente de la diadema.

El Rey reposa un instante  
Sobre un sillón de baqueta  
Para procurar descanso  
A su agobiada cabeza,  
Y aumenta así la fatiga  
Por que en vez de dormir, sueña.

Sueña que es Rey y obedece,

Que sus vasallos gobiernan,  
Que solo rudos obstáculos  
Y contradicción encuentra,  
Que el pueblo proclama fueros  
Que es preciso echar afuera  
Y todo un Rey de Castilla  
Jurará en Santa Gadea:  
Al léjos en blancos paños  
Y diáfana toca envuelta  
Con jóven, benigno rostro  
Una matrona se muestra,  
Que exclama en acento dulce  
Y en atractiva elocuencia,  
Que los reyes son del pueblo  
Padres nobles que protejan,  
No hacedores de desgracias  
Ni los que, tal vez, promuevan  
Distúrbios que den en sangre  
Y en vez de descanso guerra.  
Que por su poder se obligan  
A mas martirio y prudencia,  
Y el anteojo perdería  
Su razon si la tuviera.  
Que no es rey el amor propio,  
Pero sí quien bien comienza  
Por rendirse bajo el cetro  
Que ve brillar en su diestra,  
Y él es el primer vasallo  
De su autoridad suprema.  
Pero se entúrbia la atmósfera  
Con espantable tormenta  
Que dueña de los espacios  
Los cielos todos agrieta.  
La luz azul del relámpago

La cárdena faz presenta  
De otro ser que enfurecido  
Batalla con la Prudencia  
Con una copa en la mano  
De vívoras y culebras;  
Néctar dulcísimo envía  
El bien sin cesar sobre éllas,  
Mas, las vívoras voraces,  
En vez de beber el néctar,  
Se agitan y se revuelven,  
Se anudan y se atropellan;  
Y en tan espantable lucha,  
En tan obstinada guerra,  
El Rey, de sudor cubierto,  
Empeorado despierta.

La lámpara, entónces, toma  
Que advierte sobre la mesa,  
Y es de ágata transparente,  
Y aderezando la mecha,  
La prende en la vacilante,  
Tibia luz de la candela.  
Tómala en la izquierda mano,  
Y poniendo la derecha  
Entre la luz y la vista,  
La palma á la luz frontera,  
A todo el largo aposento  
Así va dando la vuéltá  
Que adornan en pedestales  
Nobles estátuas de piedra.

Allí está el rey Don Fernando,  
Y haciéndole reverencia,  
Admira de su buen padre  
La abnegacion y proezas,  
Que hiciéronle de dos reinos

Padre y rey en una pieza.  
Está el Conde independiente  
Una mano en la cadera,  
La ótra sobre la maza  
Que está descansando en tierra,  
Mas que guerrero político  
Y salvó la España entera.

De Almozore el orgulloso  
El vencedor ve allí cerca  
Hollando la media luna,  
La vista baja, la diestra  
Enarbolando la espada  
Sobre la condál diadema,  
Que parece todavía  
Que en Caltañazór peléa  
Y al léjos la chusma huye  
En sus despojos revuelta.

Están Láin y Rasura  
En sillones de madera  
Con la vara de justicia  
Inquebrantable y excelsa  
De la paz vivificante  
Bajo la radiante auréola....

De aquí el Monarca no pasa  
Que la luz, ya macilenta,  
Que conduce se le apaga  
Por que el oriente alboréa.  
Pensando está si conviene  
Que amanezca ó no amanezca,  
Mas mirando de aquel día  
La rosada luz primera,  
Exclamó en acento firme  
«Don Alfonso jura y réina.»

X.

SANTA GADEA.

No hay poder poner la planta  
En la cuesta ni el camino  
Que baja á Santa Gadea  
De lo alto del Castillo;  
De gente están llenos todos  
Los muros y los estribos,  
Las ruinas y terraplenes,  
Las calles y pasadizos,  
Y hasta los tejados todos  
Inunda tanto gentío.

Rompen la marcha pecheros,  
Siguenlos los hombres ricos,  
Mas tarde los de la Iglesia  
Con féudos y Señoríos,  
Municipales y Próceres,  
Detrás el Rey, y al principio  
A las márgenes y al último  
Tal número de vecinos  
Que no caben en el templo  
La mitad de los que han ido.

Muchos miran al Monarca  
El rostro, pero muchísimos  
Al guerrero que va al frente  
De una hueste de caudillos  
Y que lleva en vez de espada  
Un rollo de pergamino  
Liado de cordón verde  
Con las borlas de lo mismo.

Llevan cruces parroquiales

Con mangas de velludillo  
En medio de los acólitos  
Con ciriales encendidos,  
Insignias, pendones, santos  
De grémios y de distritos,  
Hermandades, cofradías,  
Que á la fiesta han acudido,  
Y caminan poco á poco  
Silenciosos y sumisos  
Por que van cantando salmos  
Los del clero y sacros himnos.

En grupos y en mallas todos  
Se ven los que han ofrecido  
Justár por la tarde en campo  
En son de gran regocijo,  
Y ya se divide el pueblo  
En diferentes partidos  
Unos que quieren torneo,  
Otros el Dgerid en círculo,  
Y esotros alguna hazaña  
Contra el moro mas vecino.

Sonar se oyen los clarines  
Entre el tumultuoso ruido  
De campanas que voltéan  
Y las voces de los chicos,  
Anárquicos pregoneros  
De públicos regocijos,  
Y entre el compás monotonó  
Del atabál y los gritos  
De víctores al Monarca  
Y al noble varon invicto.

Ya muestra Santa Gadea  
Su color pardo, rojizo,  
Sus ventanas, que aspilleras

Parecen, con verdes vidrios,  
Su redonda escasa puerta,  
Sus variados canecillos,  
Sus pesados capiteles,  
Acodillados, distintos,  
Y las cruces que labraron  
Al consagrar el recinto,  
Cuando van parando todos  
Por el orden que han venido,  
Que si el Rey no entrá en el templo  
Nadie entra, salvo, digo,  
El clero con sus pendones  
Y el preste con sus ministros.

Es la Iglesia de una nave,  
Del Bajo Imperio al estilo  
Y buena altura, con bóveda  
De sillares reducidos,  
Y aristas de gruesos vólteles  
En las escócias metidos  
Que en los ápices se juntan  
En florones bizantinos.  
La puerta da al mediodía,  
El altar á Oriente fijo,  
Cuya espalda forma ábside  
Cuajado de geroglíficos.

En el centro de la Iglesia  
Para el Rey; que está vestido  
De loriga por adentro,  
Por fuera de largo y rico,  
Regio manto de escarlata  
Con borlones de oro fino,  
Que le cuélgan sobre el pecho  
Hasta el borde del gran cinto.  
Cortado lleva el cabello



Recuadrando el rostro altivo,  
Y la larga, espesa barba  
Rematada en sus dos picos  
Con las cejas, que son negras,  
Y los ojos encendidos,  
De magestad y bravura  
Tal conjunto tan magnífico  
Dan al Rey, que verle impone,  
Pero mas sí mira fijo.

Todo el acompañamiento  
De Señores y Caudillos,  
Guardianes, pages y mozos,  
Se arrodillan, que han salido  
Al altar los sacerdotes  
Y comienza el Introito  
A limpia voz, canto llano  
Segun los monges benitos.

Al terminar este cántico,  
Un guerrero diamantino  
De pies á cabeza negro,  
De camisote y de cinto,  
Que parece todo malla  
Del corazón al vestido,  
Al Rey se acerca y acata,  
Cuádrase, y el Rey que ha visto  
Llegado el instante, marcha,  
Siguiéndole el gran caudillo,  
Y en llegando al presbiterio  
Se pára al peldaño quinto.

Cesa el coro, y un silencio  
Reina temeroso y místico,  
Que el acto á todos impone  
Y el suceso es inaudito.  
En medio de aquella cripta

De repente tal se ha oído.

—¿Juráis, el Rey Don Alfonso

Por quien sois, cual es preciso,

Y el libro del Evangelio

Que tocáis, no haber tenido

Parte alguna en la cruel muerte

De Don Sancho?—Juro, dijo

El Rey y tornó el guerrero

A decir.—¿Juráis, repito,

La diestra sobre la espada?

Y el Rey repitió lo mismo,

Y otra vez sobre el cerrojo

De la puerta del recinto.

«Sabeis, pues, los castellanos,

Gritó en alta voz Rodrigo,

Como el Rey, como cristiano,

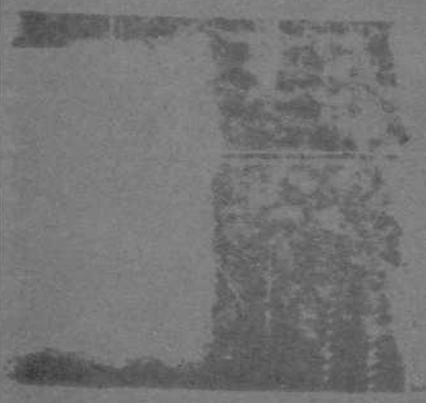
Ciudadano y buen caudillo,

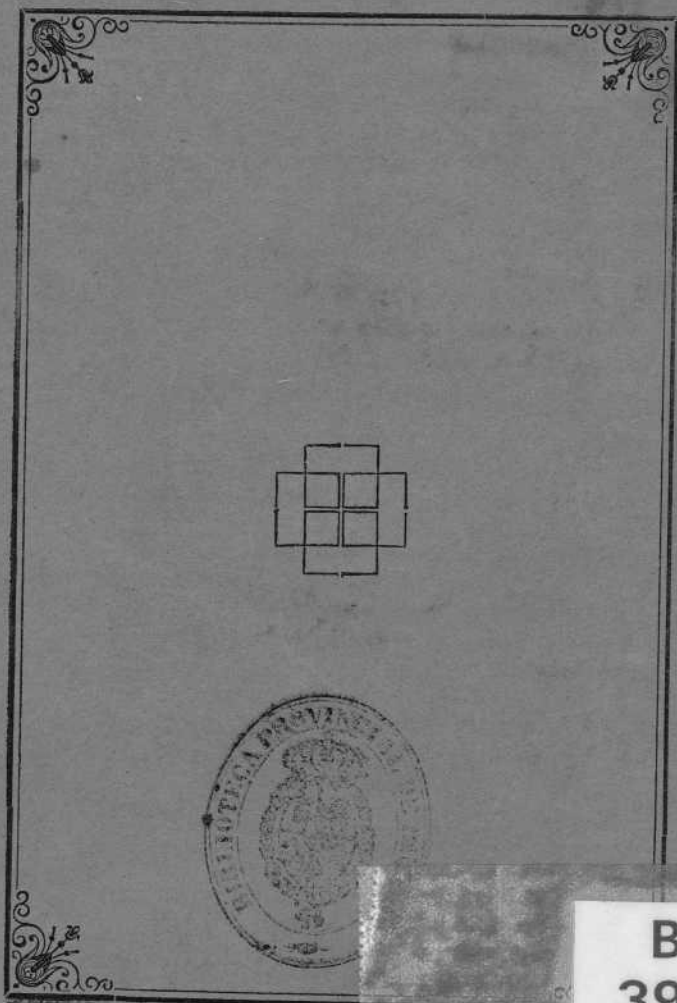
De toda *mancha y sospecha*

*De mal hacer* está limpio.»

Rodrigo fué desterrado

Y jamás del Rey bien quisto.





**BU**  
**3991**  
**(4)**